



Enigmas de “La Bailarina Española”

¿Quién no conoce en Cuba uno de los más recitados poemas de Martí: “La bailarina española”? Centenares de niñas de primaria bailaron alguna vez flamenco mientras declamaban esta poesía del Apóstol durante alguna celebración escolar. ¿Por qué entonces, si se trata de un poema tan célebre, no aparece en el índice de los dos tomos de poesía de las Obras Completas de su autor? ¿Quién era la bailarina que motivó a Martí a escribir tan hermoso poema? Son varias las curiosidades que este poema encierra. Conocido por ese título, pero reflejado bajo el número diez romano de los Versos Sencillos en las obras del apóstol, el cual jamás lo llamó de otra manera.

El siglo XIX fue tan rico en cortesanas célebres como Venecia y Floren-

cia durante el Renacimiento, pero había una mujer que sobresalía entre este tupido ramillete de odalisca occidentales por quien muchos hombres se suicidaron o se hicieron matar, al punto de ser apodada la sirena de los suicidas. Una bella entre las bellas, reina del donaire, diosa del SEXO. Esta mujer era Carolina Otero.

Martí encontró a Carolina Otero “La Bella”, como la apodaron sus fans, una noche de invierno en que tal vez nevaba, en un teatro de Nueva York donde ella actuó en más de una ocasión. Si nos atenemos a lo que dice el poema, no hubo entre los dos ningún contacto personal, no fueron presentados ni Martí se acercó al camerino de la mujer excepcional a cuyas plantas se

SUMARIO

- ◆ Anécdotas del Apóstol
- ◆ El presidio político en Cuba (Fragmento)
- ◆ Curiosidades

arrastraba entonces la mitad masculina del planeta. Fue solo uno de esos episodios evanescentes que duran lo que el humo, pero dejan una huella inolvidable en quien los vive.

Su nombre verdadero era Agustina Otero Iglesias, y había nacido en Valga, un pueblito paupérrimo de Pontevedra, España. Fue hija de una madre soltera que descuidó su educación y le dio varios hermanos. La familia se hacinaba en una cabaña de apenas cuarenta metros cuadrados, donde el hambre estrechaba las gargantas. La linda galleguita fue violada salvajemente a los diez años a la vera de un camino, lo que le costó una rotura de la pelvis, una hemorragia que casi acabó con su joven vida, y una



Carolina Otero, La bailarina española



José Martí

esterilidad que arrastró para siempre. El suceso se convirtió en la comidilla de los vecinos. Para escapar de aquel ambiente envenenado, pocos años después de su tragedia la adolescente huyó con una compañía de cómicos portugueses de paso por la localidad.

En Barcelona se hizo amante de un banquero dispuesto a promocionarla como bailarina. Con él se fue a Marsella y después a París, donde a los veinticuatro años decidió cambiar su nombre, demasiado vulgar, por el de Carolina, y dio comienzo a su mito difundiendo por doquier que era una gitana de Andalucía. No solo se dedicaba a la danza, también podía actuar en el teatro y hasta cantar, al punto de que llegó a representar el protagónico en la ópera Carmen, de Bizet. En la cumbre de su fama tenía su templo en el Folies Bergere de París. Visitó Nueva York, Europa, Argentina, Rusia y Cuba, entre otros países, y en todas partes la aclamaron. Creó un estilo donde se mezclaban el flamenco y el fandango de su Galicia natal con otras danzas exóticas, y salía a escena envuelta en gasas transparentes bordadas con pedrería tras las que se insinuaban sus armoniosas formas. Fue la primera artista española que logró fama internacional. A los treinta años poseía una de las fortunas más importantes de su tiempo.

Morena y de ardientes ojos negros, era tan bella Carolina que sirvió de inspiración a grandes artistas de su época. Tenía medidas perfectas de busto, cintura y caderas (97-53-92), y toda ella desplegaba inmensa sensualidad. Reunió un tesoro en joyas valiosísimas las cuales fueron regaladas por sus amantes, entre los cuales figuraba el káiser Guillermo II de Alemania, el rey Leopoldo de Bélgica (el hombre más rico de la época), el rey Alfonso III de España, el Zar de Rusia Nicolás II y el político francés Aristides Brian con quien Carolina sostuvo una relación hasta que él murió. También fue amante de Cornelius Vanderbilt, uno de los más grandes multimillonarios norteamericanos de todos los tiempos. sus orígenes. Además de no poder tener hijos como consecuencia de las heridas sufridas durante su violación, Carolina tenía fama de ser incapaz de amar. Podría suponerse, y sería comprensible, que su violador, además del cuerpo, le dejó mutilados también los sentimientos. En su autobiografía ella admitió haber sentido especial afecto por Brian y por

un príncipe misterioso que, al parecer, se suicidó luego de ser abandonado por ella. Pero hubo alguien más que logró forzar las puertas de su alma: el conde Boni de Castellane, el hombre más deseado de su época, un bon vivant que llegó a engañarla y a gastar su dinero. Después de unos meses de coqueteo se fugaron, según sus delirantes planes, en un viaje que debía llegar al fin del mundo, pero ese mismo día terminó en un lujoso hotel de París. Carolina envejeció, y cuando los hombres fueron saliendo de su vida, la afición que siempre había sentido por los casinos devino patológica. Comenzó a vender todas sus propiedades hasta que se arruinó. Se dice que dejó sobre los tapetes rojos una fortuna de cuarenta millones de francos de oro. Terminó instalándose en una habitación alquilada en un edificio insignificante de Niza, donde apenas tenía los muebles indispensables para sobrevivir. Un amigo suyo se dirigió a los dueños del casino de Montecarlo, al que tanta fama diera ella con su preferencia, y les contó la miserable situación de la mujer que había tenido el mundo a sus pies. El casino se portó con cierta condescendencia: le asignó una pequeña pensión y cada año le concedía dos días en una modesta habitación cercana y le permitía jugar un puñado de fichas. En esos tiempos de decadencia Carolina conoció allí al célebre cómico norteamericano Harpo Marx, también gran aficionado al juego, con quien inició una amistad. Se dice que su familia gallega le ofreció ayuda, pero ella la rechazó con altivez. Después de haber reinado en París, lo último que deseaba era volver a España derrotada. Tras su retirada de la vida artística y galante jamás permitió que la fotografiaran, por lo que no existen testimonios de su destrucción física, pero sus vecinos la han descrito como una anciana enfundada en un raído abrigo gris, con un sombrero de fieltro bajo el que asomaban unos cabellos blancos y unos ojos negros muy tristes, con manos tan delgadas “que se transparentaban los huesos (...) enredada entre el reuma que la dobla y el orgullo que la mantiene viva y erguida”; una señora poco simpática que se molestaba por todo. El mundo la olvidó presto.



Anécdotas del Apóstol

AMARGA LECCIÓN

La nochebuena de 1887 Martí está cenando en casa de Miguel Fernández Ledesma, en Nueva York. Durante la cena se presenta un grupo de cubanos pidiendo dinero para un pobre tabaquero que se encuentra agonizando. Fernández les da dinero, y Martí quiere hacerlo también, pero ya sus últimos centavos han aliviado a otros exiliados aquella noche. Los hombres se marchan. Martí, preocupado, insiste en ir a ver al enfermo, y lo acompaña Fernández. Cuando llegan a la dirección que se les había dado, en vez de un moribundo encuentran una alegre fiesta. Fernández increpa a los presentes, diciéndoles que, ahora, cuando un verdadero necesitado venga a pedir ayuda, se le negará. Y al salir del cuarto le dice a Martí, con asco incontestable:

-¡Qué baja!za!

Pero el Maestro le contesta con filosófica bondad: -¡No se queje, Miguel! ¡Bien vale los diez pesos que usted les ha dado a estos desdichados la lección que hemos recibido! ¡Qué lección! ¡Hay que levantar a esos hermanos, para hacer de ellos hombres dignos que sientan la necesidad de ayudarnos a libertar la patria!

COMER SOLO ES UN ROBO

No obstante ser de humilde cuna, Martí era un verdadero conocedor de la buena comida. En Nueva York sabía en qué restaurante modesto se servía a poco precio algún sabroso plato: una minestróna, en el barrio italiano, o un goulash, en una fonda de húngaros.

Más siempre le gustaba ir acompañado de algún amigo, para que, en agradable charla, compartiera con él la comida. -Comer solo es un robo -decía, pues lo consideraba "un placer robado al comensal ausente". Así, cuando podía, invitaba a varios amigos a su casa a disfrutar de algún plato típico de nuestras tierras, terminándose la fraternal reunión "con versos y café".

EL ESPÍRITU DE AGRAMONTE

Hablando doña Ángela del Castillo de Fernández con Martí, en Nueva York, sobre la muerte de Ignacio Agramonte, le

informó que conservaba en unos pomitos cabellos del Bayardo camagüeyano y tierra de Jimaguayú, lugar donde cayó por la independencia de Cuba. Al enseñarle las reliquias, Martí se puso de pie, y, con el rostro transfigurado y más pálido que de costumbre, apretaba los pomitos como si sintiera en su corazón la caída del héroe. Mientras los ojos se le habían llenado de lágrimas.

CONOCEDOR DE CUADROS

Martí visita con una familia de cubanos en Nueva York la colección de cuadros del multimillonario Vanderbilt. Goza contemplando aquellas obras de arte, y cuando una señora camagüeyana declaró que de todos los lienzos el que más le había gustado era un cuadro muy pequeño de un notable pintor, Martí exclamó pleno de contento: -¡Tiene usted razón; como que es la obra mejor y más costosa que posee Vanderbilt.

Y así era en efecto.

HAMBRE, ANTES DE COMPARTIR UNA INJUSTICIA

Siendo Martí, en 1878, profesor de la Escuela Normal Central de Guatemala, José María Izaguirre fue depuesto de su cargo de director por el presidente de la República Justo Rufino Barrios. Al enterarse Martí, fue en el acto en busca de su compatriota.

-Lo que han hecho con usted es una acción indigna -dijo-. Voy a presentar mi renuncia inmediatamente.

-No haga usted semejante locura -le contestó Izaguirre, que conocía bien la pobreza de Martí-. Si el sueldo que aquí goza es el único recurso con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa, ¿a qué queda usted atenido si lo renuncia?

-Renunciaré -respondió Martí con firmeza- aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia.

Y así lo hizo, y pocos días después partió para Cuba.



"Si no luchas ten al menos la decencia de respetar a quienes sí lo hacen"

José Martí

Presidio Político en Cuba (Fragmento)

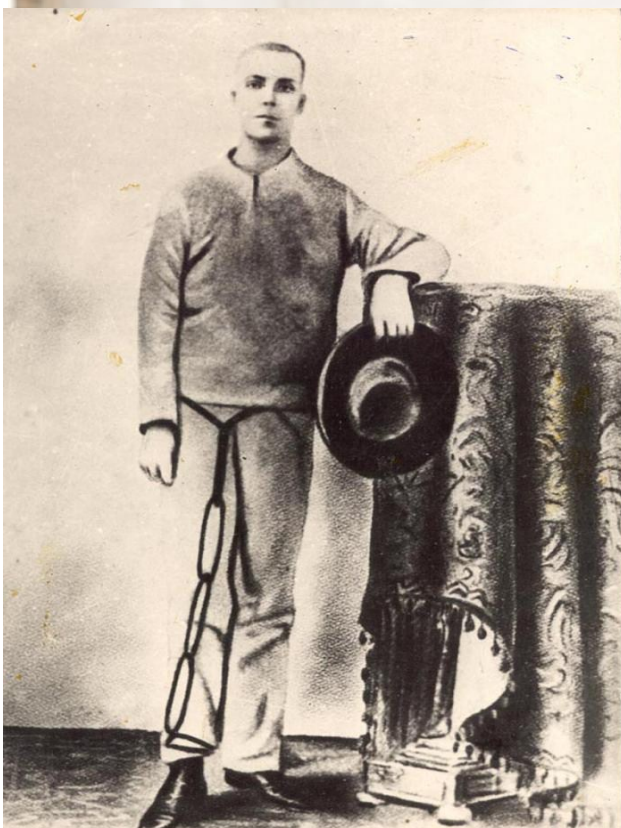
¡Martí! ¡Martí! me dijo una mañana un pobre amigo mío, amigo allí porque era presidiario político, y era bueno, y como yo, por extraña circunstancia, había recibido orden de no salir al trabajo y quedar en el taller de cigarrería; mira aquel niño que pasa por allí.

Miré. ¡Tristes ojos míos que tanta tristeza vieron! Era verdad. Era un niño. Su estatura apenas pasaba del codo de un hombre regular. Su ojos miraban entre espantados y curiosos aquella ropa rudísima con que le habían vestido, aquellos hierros extraños que habían ceñido a sus pies.

Mi alma volaba hacia su alma. Mis ojos estaban fijos en sus ojos. Mi vida hubiera dado por la suya. Y mi brazo estaba sujeto al tablero del taller; y su brazo movía, atemorizado por el palo, la bomba de los tanques.

Hasta allí, yo lo había comprendido todo, yo me lo había explicado todo, yo había llegado a explicarme el absurdo de mí mismo; pero ante aquel rostro inocente, y aquella figura delicada, y aquellos ojos serenísimos y puros, la razón se me extraviaba, yo no encontraba mi razón, y era que se me había ido desfavorida a llorar a los pies de Dios. ¡Pobre razón mía. ¡Y cuántas veces la han hecho llorar así por los demás!

Las horas pasaban; la fatiga se pintaba en aquel rostro; los pequeños brazos se movían pesadamente; la rosa suave de las mejillas desaparecía; la vida de los ojos se escapaba; la fuerza de los



miembros debilísimos huía. Y mi pobre corazón lloraba.

La hora de cesar en la tarea llegó al fin. El niño subió jadeante las escaleras. Así llegó a su galera. Así se arrojó en el suelo, único asiento que nos era dado, único descanso para nuestras fatigas, nuestra silla, nuestra mesa, nuestra cama, el paño mojado con nuestras lágrimas, el lienzo empapado en nuestra sangre, refugio ansiado, asilo único de nuestras carnes magulladas y rotas, y de nuestros miembros hinchados y doloridos.

Pronto llegué hasta él. Si yo fuera capaz de maldecir y odiar, yo hubiera odiado y maldecido entonces. Yo también me senté en el suelo, apoyé su cabeza en su miserable chaquetón y esperé a que mi agitación me dejase hablar

- ¿Cuántos años tienes? le dije.
- Doce, señor.
- Doce, ¿y te han traído aquí? Y ¿cómo te llamas?
- Lino Figueredo.
- Y ¿qué hiciste?
- Yo no sé, señor. Yo estaba con taitica¹ y mamita, y vino la tropa, y se llevó a taitica, y volvió, y me trajo a mí.
- ¿Y tu madre?
- Se la llevaron.
- ¿Y tu padre?
- También, y no sé de él, señor. ¿Qué habré hecho yo para que me traigan aquí, y no me dejen estar con taitica y mamita?

Si la indignación, si el dolor, si la pena angustiosa pudiesen hablar, yo hubiera hablado al niño sin ventura. Pero algo extraño, y todo hombre honrado sabe lo que era, sublevaba en mí la resignación y la tristeza, y atizaba el fuego de la venganza y de la ira; algo extraño ponía sobre mi corazón su mano de hierro, y secaba en mis párpados las lágrimas, y helaba las palabras en mis labios.

Doce años, doce años, zumbaba constantemente en mis oídos, y su madre y mi madre, y su debilidad y mi impotencia se amontonaban en mi pecho, y rugían, y andaban desbordados por mi cabeza, y ahogaban mi corazón...

*Taitica:*¹ Nombre cariñoso que los niños de campo le dicen a su padre

CURIOSIDADES...

¿Era nuestro apóstol José Martí un borracho?

¿Es cierto que lo llamaban Ginebrita?

¿Cuántas veces no hemos escuchado de esto e incluso lo hemos repetido?

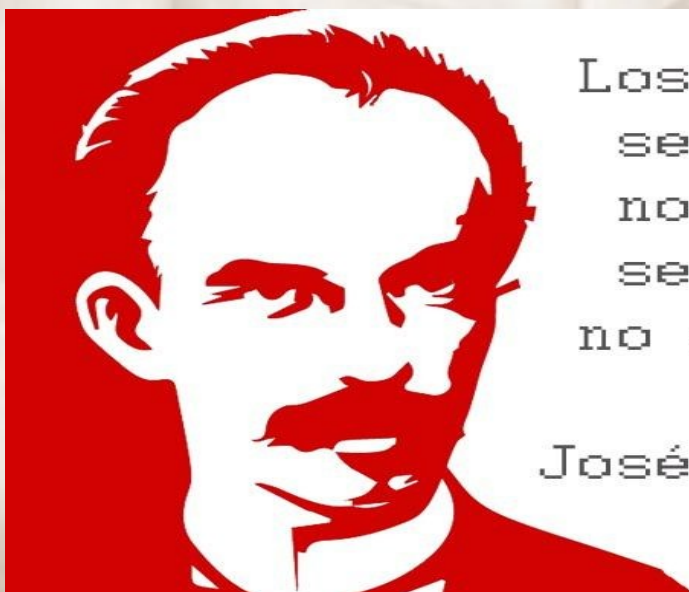
Hay cosas que se repiten pensando que son históricas, que son hechos y no ficción y mitos transmitidos en el imaginario de varias generaciones de cubanos?

Ocurre así con lo que se conoce por la 'Leyenda Negra de Martí', esa que lo describe como borracho, que lo llama 'Ginebrita', mujeriego, y que aún hoy día se escucha a muchos cubanos repetir sin conocer que el origen de tal calumnia fue una fabricación de los enemigos de Cuba.

Como todo hombre importante, si bien fue admirado por unos, también fue envidiado por enemigos que se encargaron de hacer caricaturas burlescas del mismo en diarios de la época tales como el semanario 'La Política Cómica' que en una caricatura del 25 de Marzo de 1895 lo dibuja en un lugar público junto a una mesa con una botella y con una mujer sentada en las piernas.

Lo cierto es que Martí no bebía 'Ginebra' ni era adicto a bebida alguna, sino que bebía *Mariani* que era una forma de Red Bull de entonces, o sea un estimulante de coca popular en su tiempo y que según se describe era bebida preferida por el papa León XIII, el presidente McKinley, la Reina Victoria de Inglaterra y Thomas Edison.

Según cuenta el historiador Carlos Ripoll, especialista en estudios sobre José Martí, no existe evidencia alguna que hablara que Martí tomara Ginebra ni bebidas semejantes, mucho menos que tuviera padecimientos alcohólicos ni dependencia de esta sustancia dañina. Incluso en una ocasión el Apóstol escribió sobre la prudencia al beber cuando dijo "*El vino sano y discreto que repara las fuerzas perdidas*" al mismo tiempo de apuntar los efectos letales del alcohol al comentar "*Los alcohólicos abominables agobian y embrutecen*".



Los derechos
se toman,
no se piden;
se arrancan,
no se mendigan.

José Martí